

JORDI BORJA

# Ciudad, urbanismo y clases sociales en perspectiva

*La urbanización es uno de los procesos principales de acumulación de capital, es decir, es un mecanismo fundamental para el desarrollo de la clase capitalista. La contradicción propia a nuestras sociedades se ha trasladado en gran parte del ámbito de la empresa al del territorio. La ciudad –los territorios urbanizados o en proceso de serlo, las regiones metropolitanas–, es un espacio en el que se produce una parte importante de la plusvalía y en consecuencia existe una masa importante de la población que sufre esta expropiación. Uno, quizá el mayor, reto que tiene la izquierda, el movimiento político que promueve, es alentar un desarrollo democrático que construya una sociedad de personas libres e iguales, en un espacio de relaciones de intercambio y cooperación puesto que ciudadanos y ciudadanas son las que conviven, libres e iguales, en un territorio dotado de identidad y que se autogobierna.*

Los actuales territorios metropolitanos cuestionan nuestra idea de ciudad: son vastos territorios de urbanización discontinua, fragmentada en unos casos, difusa en otros, sin límites precisos, con escasos referentes físicos y simbólicos que marquen el territorio; de espacios públicos pobres y sometidos a potentes dinámicas privatizadoras, caracterizados por la segregación social y la especialización funcional a gran escala y por centralidades “gentrificadas” (clasistas) o “museificadas”, convertidas en parques temáticos o estratificadas por las ofertas de consumo. Esta ciudad, o “no ciudad” (como diría Marc Augé) es a la vez expresión y reproducción de una sociedad a la vez heterogénea y compartimentada (o “guetizada”), es decir mal cohesionada. Como se expone al inicio de este trabajo las promesas que conlleva la revolución urbana, la maximización de la autonomía individual especialmente, está solamente al alcance de una minoría. La multiplicación de las ofertas de trabajo, residencia, cultura, formación, ocio, etc., requieren un relativo alto nivel de ingresos y de información así como disponer de un efectivo derecho a la movilidad y a la inserción en redes telemáticas. Las relaciones sociales para una minoría se extienden y son menos dependientes del trabajo y de la residen-

Jordi Borja es presidente del Observatorio de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, Barcelona

cia, pero para una mayoría se han empobrecido, debido a la precarización del trabajo y el tiempo gastado en la movilidad cotidiana.

Esta nueva sociedad urbana nos aparece –a diferencia de la sociedad industrial clásica de los siglos XIX y gran parte del XX–, poco estructurada en grandes grupos sociales. Se describe habitualmente como una sociedad individualizada, muy segmentada en grupos diversos, en unos casos por sus ingresos, en otros por su edad u origen (inmigrantes), o por su status socioeconómico o su relación con el trabajo (asalariado, autónomo, desocupado, propietario, directivo), incluso por su nivel cultural o por su posición en el territorio (integrados o más o menos excluidos). Pero se perciben sus fracturas entre los que temen perder sus rentas de posición, mediocres privilegios y seguridades vulnerables (como se demuestra actualmente) y los que viven en precario, en sus trabajos y con respecto a sus derechos, sin otro horizonte vital que el de la incertidumbre, sin otra certeza que la de no poder alcanzar el nivel de sus expectativas ni de sus necesidades.

---

**Si hay crisis de la ciudad, la izquierda debiera proponernos en el presente un proyecto de ciudad, la futura. Sin embargo, mediante políticas sectoriales y cortoplacistas acaba sometiéndose a la lógica segregadora y excluyente del mercado y contribuye en muchos casos a la disolución de lo ciudadano**

---

Es una sociedad que necesita del Estado del bienestar, pero precisamente este no llega, o no lo suficiente, a los que más lo necesitan. El discurso, que se supone bienintencionado, que considera el Estado del bienestar como “nuestro Estado de derecho”, olvida que este programa no garantiza el “bienestar”, por insuficiente o inadaptado a las necesidades de hoy de gran parte de los que más lo necesitan: los mileuristas y los desocupados, los jóvenes que no pueden acceder a la vivienda y los inmigrantes sin derechos reconocidos, los fracasados de la escuela y los excluidos por la fractura digital. Esto unido a la cada vez mayor fractura territorial que sufren los que viven en el círculo vicioso de la marginación, en urbanizaciones periféricas o en barrios degradados, lejos de todo y demasiado cerca de los que viven la misma situación o peor que ellos.

En estos espacios urbanos y en estas sociedades atomizadas la democracia pierde sentido y la ciudad tiende a disolverse. Las fuerzas políticas progresistas, democráticas o denominadas de izquierda han podido desarrollar una gestión en los ámbitos locales o regionales asistencial, relativamente redistributiva, mediante programas de equipamientos y espacios públicos y de políticas sociales y culturales. Unas políticas más reproductoras que transformadoras (más de lo mismo). Pero han asumido el discurso capitalista y en muchos casos en su versión especulativa. El discurso de la ciudad “competitiva”, la concepción de los grandes proyectos urbanos y de las operaciones de renovación de zonas enteras de la ciudad

ha ido unido a las omisiones escandalosas de falta de política de suelo y de vivienda en el tejido urbano compacto y de un gobierno metropolitano democrático que pudiera hacer políticas redistributivas e integradoras efectivas.

Las fuerzas políticas teóricamente representativas de las clases populares, o si prefieren las que sufren procesos discriminatorios y déficit de ciudadanía, han sustituido el arraigo social por la instalación institucional. La disolución de la acción política ha ido en consecuencia acompañada por la disolución de su discurso. Si hay crisis de la ciudad (riesgo de degeneración y oportunidad de re-creación a una escala mayor) la izquierda debiera proponernos en el presente un proyecto de ciudad futura. Pero, sea desde los gobiernos o desde la oposición, no es capaz de proponernos políticas de resistencia y alternativa a los efectos perversos de la globalización que se manifiestan tanto en los procesos de gentrificación y de especialización en las áreas centrales como en los territorios periféricos donde se está desarrollando la ciudad futura: vastos espacios urbanizados lacónicos, desprovistos de sentido y sin calidad de ciudad. Al contrario, mediante políticas sectoriales y cortoplacistas acaba sometiéndose a la lógica segregadora y excluyente del mercado y contribuye en muchos casos a la disolución de lo ciudadano. A lo que gobernantes (derechas e izquierdas confundidas) y grandes empresas añaden, en nombre de la competitividad y del *marketing* urbano, la ostentación arquitectónica y el neomonumentalismo de exportación, que banalizan la ciudad y alienan a los ciudadanos, puesto que en muchos casos esta arquitectura de autor parece destinada a provocar sentimientos de expropiación en vez de la identificación o la emoción integradoras. El sentimiento de desposesión es hoy perceptible en las ciudades metropolitanas. La alienación y la explotación urbanas ya anunciada por el joven Engels (en *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra*) en 1844-1845, se reproduce hoy a una escala mayor.

La complicidad de los políticos —y nos referimos especialmente a la supuesta izquierda que ha gobernado—, se debe a su debilidad política frente a los actores económicos y sus representantes políticos y, en ciertos casos, a la debilidad humana ante las tentaciones lucrativas. Pero también, y sobre todo, se debe a una *debilidad intelectual* al haber olvidado el análisis de clase de la sociedad, y al desconocimiento de las nuevas contradicciones del desarrollo urbano promovidas por el capitalismo financiero especulativo global. Se debe a la incapacidad para aislar el bloque “cementero” local o nacional y en cambio facilitar las expectativas de las clases populares de participar en las migajas del festín de la burbuja inmobiliaria. Una debilidad culposa pues expertos reconocidos lo habían analizado y habían previsto el fin de la burbuja (por ejemplo, Jose Manuel Naredo o el Observatorio Metropolitano de Madrid). Parece obligado referirse, aunque sea de forma muy sintética, a la ciudad y a las regiones metropolitanas, como una realidad contradictoria en la que se dan procesos de acumulación de capital y de explotación y de alienación (o desposesión) social y también de resistencias y reivindicaciones populares.

Parece contradictorio que, en una época en la que el conflicto de clases se acentúa (como constata incluso el supermillonario y especulador Buffet), se proponga como uno de los principales objetivos los derechos ciudadanos que se vinculan a la democracia liberal y, en el mejor de los casos, al *Welfare State*. Hay tres razones, como mínimo, para reivindicar los derechos ciudadanos, es decir, los que corresponden a las políticas públicas de reproducción social o salario indirecto.<sup>1</sup>

En primer lugar, por la simple razón de que los derechos políticos y sociales conquistados hoy son más teóricos que reales para gran parte de la población, son simplemente programáticos y las políticas públicas no los garantizan. Además en muchos casos se los limita o de facto se los niega mediante privatizaciones de servicios públicos, de convertir la prestación en mercancía (como la vivienda) o mediante reformas que los reducen a muy poco (como el derecho al trabajo o a las pensiones).

En segundo lugar, por el carácter histórico de los derechos, los del pasado no son ni mucho menos suficientes y emergen o se refuerzan: el espacio público, la formación continuada, la renta básica, la accesibilidad física y la social, la igualdad político-jurídica de todos los residentes, la democracia participativa o de base y deliberante, la reforma democrática de las instituciones, etc.

Y, en tercer lugar, la necesidad de construir derechos complejos para forzar políticas públicas integrales y elaboración y gestión de las mismas desde la base. El ejemplo más evidente es el “derecho a la ciudad”.

Se puede argumentar que sustituir el conflicto social clasista por las demandas interclasistas, con frecuencia contradictorias y en muchos casos orientadas o más propias de las clases medias que de las populares, es situar a éstas en una situación de subordinación. Puede ocurrir evidentemente pero es más lógico que sea lo contrario. Los más necesitados de derechos, viejos y nuevos, son los sectores populares, por lo cual la iniciativa conflictual la llevarán ellos. A lo largo de la historia las luchas democráticas las han protagonizado en gran parte estos sectores. Además las clases trabajadoras están a su vez muy fragmentadas, se enfrentan a adversarios invisibles y en bastantes ocasiones es más viable construir solidaridades en el territorio que en el ramo de la producción.

---

<sup>1</sup> Véase J. Borja, «La democracia perdida en busca de la ciudad futura» en la obra colectiva promovida por Habitat International Coalition, a cargo de A. Sugranyes y Ch. Mathivet (eds.), *Ciudades para todos*, editado en castellano, francés e inglés, Santiago de Chile, 2010. Del mismo autor, «Revolución urbana y derechos ciudadanos», 2013. De G. Pisarello y otros, *El derecho a la ciudad*, Observatorio DESC-Institut de Drets Humans de Catalunya, 2011. Es interesante el debate iniciado por Manuel Delgado de crítica a las ideas de los textos citados, que denomina “ciudadanismo” (*El País*, 22-2-2014) por considerar que es una renuncia al análisis de clase. Algunos elementos de respuesta se encuentran en E. Hobsbawm, «La clase obrera y los derechos humanos» (conferencia en Emory Univ, Atlanta, 1982).

Una segunda razón es de carácter estructural. La ciudad y los territorios urbanizados son hoy el principal ámbito de acumulación de capital en detrimento de la reproducción social, principalmente por la financiarización de lo urbano. Los sectores populares y en gran medida las clases medias sufren una explotación indirecta pues su “salario indirecto” no solo queda afectado por la colusión entre gobiernos y grupos económico-financieros, y da lugar a que parte de los recursos públicos se desvíen hacia las actuaciones especulativas y lucrativas, sino que además se generan políticas público-privadas que aumentan los costes sociales y ambientales. Por ejemplo, la difusión urbana sin ciudad o la gentrificación o especialización de las zonas centrales o bien equipadas y muy accesibles.

La tercera razón es el valor progresista y esperanzador del concepto de ciudadanía. Ya en los siglos XVII, XVIII y XIX las revoluciones inglesa y americana y sobre todo la francesa fueron revoluciones motivadas por la exigencia de universalizar la ciudadanía: la igualdad, la libertad y la solidaridad de todos los habitantes de un territorio independiente. Tan es así que los revolucionarios franceses decretaron que los “monárquicos” eran el “partido del extranjero”. Más tarde las revoluciones de 1848 en Europa, las revoluciones que siguieron a la primera guerra mundial en Rusia y Alemania, o los frentes populares que precedieron a la segunda guerra mundial y los programas de nacionalizaciones y de universalización de los servicios públicos (enseñanza, sanidad, vivienda, transportes, protección social), añadían a la ciudadanía política los contenidos económicos y sociales. A lo largo de los últimos dos siglos las clases populares han conseguido grandes avances al vincular sus objetivos de clase con los derechos ciudadanos.

Actualmente vivimos una época que exige revoluciones democráticas en todas las dimensiones. Hay que romper el “muro del dinero” que defienden, por acción o por omisión, las fuerzas políticas gobernantes. Lo cual requiere transformar el actual modelo institucional, sin lo cual no se podrán aprobar nuevos marcos políticos y jurídicos y nuevas políticas públicas. Los objetivos políticos son prioritarios: que sean ámbitos de las políticas públicas la república y la cultura republicana, la autodeterminación de los pueblos, la simplificación del andamiaje institucional y su adaptación a los territorios; la supresión o regulación pública de los poderes económicos y mediáticos, la limitación de las competencias específicas de las organizaciones de la democracia representativa,<sup>2</sup> el desarrollo de la democracia de base y las diversas formas de participación que tengan una incidencia determinante en la elaboración y ejecución de las políticas públicas.

<sup>2</sup> Enrico Berlinguer, en uno de sus últimos escritos y durante su liderazgo en el Partido Comunista Italiano (PCI), afirmaba hace 30 años la urgencia de que los partidos ocuparan solamente una parte minoritaria del entramado político institucional. Y en los años veinte, Harold Laski, personalidad del Labour Party e intelectual vinculado a los sindicatos y de cultura liberal progresista, defendía la diversidad de formas de gestión de lo público o parapúblico mediante asociaciones, cooperativas, sindicatos, etc.

En resumen, no se pueden contraponer las clases sociales con la ciudadanía, corresponden a dos dimensiones del análisis social y político. Las clases sociales conceptualmente corresponden a la estructura de la sociedad, a cómo se posicionan ante las contradicciones de la misma, cómo definen sus intereses y valores y cómo actúan en las relaciones socioeconómicas y ante los poderes públicos. La ciudadanía es un concepto vinculado al republicanismo, al sistema político democrático que parte del principio de libertad, igualdad y solidaridad entre todos, de lo cual se derivan derechos propios de cada época, políticas públicas para que sean efectivos y participación activa y desde la base de todos los ciudadanos en el proceso político institucional.

## ¿Debemos temer al marxismo?

Sí, es lógico el temor pues permite desvelar no solo las injusticias de la ciudad –lo cual es común a cualquier forma de pensamiento medianamente crítico–, y también nos permite entender el conjunto de mecanismos y de agentes que provocan esta injusticia. Los que proponen la ecuación, que hemos denominado imposible (los que van de ingenua buena fe, y muchos otros que simplemente utilizan una retórica legitimadora), pretenden resolver la injusticia pero sin intervenir sobre las causas y sin reconocer los mecanismos generadores de las desigualdades y exclusiones. Lo cual permite a los analistas “cientificistas” aplicar modelos interpretativos que explican por qué los pobres viven en unos lugares y los ricos en otros. Previamente se han obviado o “naturalizado” los mecanismos económicos que generan este tipo de segregación social.

Hay que partir de un hecho: la *urbanización* es uno de los procesos principales de *acumulación de capital*, es decir, es un mecanismo fundamental para el desarrollo de la clase capitalista.<sup>3</sup> La llamada revolución urbana de las últimas décadas ha aumentado la cuota acumuladora por medio de la conversión del suelo rústico o expectante en urbanizable y urbano y por medio de la promoción inmobiliaria y la construcción de infraestructuras y edificios. El ciclo inmobiliario resultante genera crisis periódicas como corresponde a la producción de un bien necesario y mercantilizado, es decir que tiende a la sobreproducción respecto a la demanda solvente. El coste de la vivienda en el mercado no es el mismo del Ford T cuyo éxito se basó en definir un precio que los trabajadores industriales pudieran pagar. Las crisis cíclicas del sector inmobiliario desde la segunda guerra mundial hasta los años ochenta se controlaban por medio de las políticas públicas keynesianas que reactivaban el sector de la construcción. El problema se acentuó considerablemente en los últimos 25 años.

---

<sup>3</sup> Utilizamos los conceptos de Marx tal como se exponen en *El capital*. Hemos tenido en cuenta las obras de D. Harvey, *The Urbanization of Capital* (1985), *Espacios de esperanza* (2003, original en inglés 2000), *The Enigma of Capital and The Crisis of Capitalism* (2010) y especialmente en un artículo reciente publicado en *Socialist Register*, «The urban roots of financial crisis: reclaiming the city for anti-capitalist struggle», que está ha incluido en su último libro *Rebel Cities* (Verso, 2012). Y también la obra de J. M. Naredo y del Observatorio Metropolitano.

La crisis actual que vincula directamente *urbanización y financiarización* es resultado de un juego a tres bandas. Primero: los capitales volátiles han irrumpido con fuerza en los procesos urbanizadores. Segundo: los gobiernos han practicado la desregulación del sector y han permitido la proliferación de productos financieros inviables. Tercero: para ampliar el mercado se ha tendido a buscar cada vez más a posibles clientes en los estratos de bajos ingresos. Resultado: se ha creado un mercado ficticio, insolvente, pero endeudado. En EEUU el endeudamiento hipotecario privado se acerca al 50% del total y en España la suma del endeudamiento del “bloque cementero” y de los compradores insolventes superó el 60% total del país. Pero en este caso los bancos protegieron a los grandes promotores o constructores y los gobiernos protegieron a los bancos mediante cuantiosas ayudas y préstamos. Con lo cual la deuda ahora se reparte entre el Estado (los contribuyentes) y la población de bajos ingresos. Una deuda que equivale al PIB. En EEUU el otro país más endeudado es el 50% del PIB.

Como dijo el supermillonario Warren Buffet «en la guerra de clases afortunadamente la mía la está ganando». Podría añadirse como dice Harvey, que «el capitalismo es capaz de construir ciudades pero lo que no puede luego es pagarlas». La pertinencia del análisis de clase no se termina aquí. Los expertos internacionales, como los del Banco Mundial, evalúan el desarrollo urbano en magnitudes monetarias. Por lo tanto, a más urbanización extensiva, más especulación del suelo, más construcciones con independencia de la solvencia de la mercancía, más endeudamiento, más “desarrollo urbano”. Con lo cual se legitima la desregulación financiera y la urbanización con altos costes sociales y ambientales que ya expusimos al inicio de nuestro trabajo. El resultado es la crisis económica que se extiende a la economía productiva y que reduce de forma traumática la demanda social y las posibilidades de las políticas públicas. Se ha producido una acumulación de capital en el sector financiero y se han acentuado considerablemente las desigualdades sociales. Buffet tiene razón afirma que es una guerra social y que por ahora han ganado.

¿Es pertinente entonces hablar de *lucha de clases* en los territorios urbanos? Evidentemente sí, aunque uno de los contendientes aparezca como más visible y más agresivo y organizado y el otro se exprese mediante resistencias dispersas y sin objetivos que unifiquen. La ciudad (utilizamos este término para simplificar aunque nos referimos a los territorios urbanizados o en proceso de serlo y más específicamente a las regiones metropolitanas), es un espacio en el que se produce una parte importante de la *plusvalía* y en consecuencia existe una masa importante de la población que sufre esta expropiación. Los trabajadores asalariados, el ejército de reserva de mano de obra (los inmigrantes), los jóvenes que consiguen acceder al mercado de trabajo y los desocupados que lo han perdido y gran parte de las clases medias que están perdiendo o no les alcanzan los bienes y servicios propios del “Estado del bienestar” (es decir, los que cubren derechos considerados universales), son los que generan la plusvalía que se apropian el capital financiero, el bloque

“cementerio” y, en general, los capitalistas que externalizan una parte de sus costes y disfrutan de rentas de posición en las zonas más valorizadas de la ciudad. El conjunto de las clases urbanas<sup>4</sup> que sufren la *alienación urbana*, o la *desposesión* de la ciudad que han hecho y hacen cada día, reciben un *salario ciudadano o indirecto* en forma de vivienda protegida, de transportes colectivos, de educación y asistencia sanitaria, de equipamientos culturales, de programas sociales, de servicios de protección, de espacios públicos cualificados, etc. Cuando el salario indirecto no cubre satisfactoriamente estos derechos y en cambio financieros, especuladores, promotores, constructores, capitalistas beneficiarios de rentas de posición, etc., obtienen grandes beneficios entonces se puede considerar que la ciudad es hoy un ámbito de *explotación*. Harvey, en el artículo de *Socialist Register*,<sup>5</sup> afirma incluso que actualmente la ciudad es el lugar principal de apropiación capitalista de la plusvalía. El temor al marxismo pues, por su carácter revelador, es lógico cuando lo expresan las elites dominantes, pero no lo es tanto cuando se trata de la agresividad con la que se rechaza en los medios académicos.<sup>6</sup>

## La crisis urbana como crisis de la “no-ciudad”

La llamada crisis urbana, como hemos visto, es la crisis de los procesos de urbanización de las regiones metropolitanas y de la transformación excluyente de las áreas centrales de la ciudad. Estas dinámicas se han dado siempre en la ciudad capitalista, sin embargo, en las últimas décadas se han dado tres cambios importantes. En primer lugar, la *financiarización* del desarrollo urbano ha contaminado al conjunto de la sociedad. La famosa distinción entre capitalismo productivo o especulativo (parásito o *faïnéant* en la parábola de Saint Simon) ahora es más confusa. Una parte importante de los capitalistas productivos participan también de la especulación.<sup>7</sup> Una participación, directa o indirecta, se ha extendido a la sociedad: la compra de apartamentos o parcelas o de “productos financieros” alcanza incluso a poblaciones de bajos ingresos pues si sus ahorros son escasos las hipotecas son baratas. En segundo lugar, se ha difundido un conjunto de *falsas creencias*

<sup>4</sup> La obra reciente de M. Subirats, «Barcelona, de la necessitat a la llibertat. Les classes socials al tombant del segle XXI», *L'Avenç*, 2012, significa un hito importante en la producción intelectual sobre la ciudad pues recupera, actualiza e innova el análisis de clase en las regiones metropolitanas.

<sup>5</sup> D. Harvey, «The urban roots of financial crisis: reclaiming the city for anti-capitalist struggle», *The Crisis and the Left, Socialist Register*, vol. 48, 2012.

<sup>6</sup> En muchos centros y departamentos de ciencias sociales hay un rechazo explícito al marxismo. Lo mismo sucede en las comisiones nacionales o europeas de evaluación de proyectos de investigación, como han podido comprobar algunos de los miembros de estas comisiones.

<sup>7</sup> En el texto autobiográfico que acompaña a este trabajo refiero cómo en 1979, poco antes de las primeras elecciones locales democráticas, tuve un encuentro con los directivos del Círculo de Economía. Defendí entonces la conveniencia de concertar un proyecto de ciudad de las izquierdas con la “burguesía productiva” y lo definí como una “alianza saintsimoniana”. El presidente, Mas Cantí, me dijo que si no fuera porque el PSUC se definía como comunista, la mitad del comité directivo podría votar por él. Hoy no creo que pudiera repetirse esta situación.



alimentadas por líderes políticos y económicos y los grandes medios de comunicación (véanse los suplementos de “propiedades”, “inmobiliarios” o en América latina “countries”). «El endeudamiento no tiene importancia» declaró el vicepresidente Cheney que acompañó a Bush II en su presidencia. La creencia en que el bien inmobiliario o el suelo solo puede aumentar ha sido compartida por la gran mayoría de la población. Se han estimulado mediante engaños (la letra pequeña de los contratos) a sectores poco solventes para que participaran en la pirámide inmobiliaria. Los expertos, e incluso los medios académicos, han legitimado un lenguaje tramposo que ha contribuido a crear el ambiente propicio para una carrera hacia el precipicio de muchos y al dinero fácil de unos pocos. Y, en tercer lugar, la dimisión de los gobiernos nacionales, los organismos internacionales y los bancos centrales de su *función reguladora*. Se ha impuesto, en nombre del neoliberalismo, una desregulación generalizada que ha impedido incluso reaccionar mediante políticas anticíclicas al desarrollo salvaje de la urbanización. Especialmente significativa ha sido la degeneración de las cúpulas políticas de la socialdemocracia que se han convertido en cómplices activos del proceso urbanizador, que han asumido los valores de la derecha más reaccionaria para justificarlo (el discurso securitario, la individualización de la sociedad, el convertir a todo el mundo propietarios, etc.). El resultado ha sido que cuando estalla la crisis en el escenario político (institucional) no ha habido ni capacidad crítica ni propuestas alternativas.

---

La ciudad es un espacio en el que se produce una parte importante de la *plusvalía* y en consecuencia existe una masa importante de la población que sufre esta expropiación

---

Hay que reconocer también que el marxismo, que podemos considerar una parte fundamental de la teoría crítica sobre la sociedad y la economía capitalistas, se ha centrado principalmente en la acumulación de capital en el proceso de la producción industrial, ha prestado menos atención a los procesos de circulación del capital y ha considerado la temática urbana como un resultado de procesos ajenos a la misma. Evidentemente, ha habido numerosas excepciones en el ámbito intelectual pero la “cuestión urbana” (como titulaba Manuel Castells su libro teórico de orientación marxista) ha sido considerada secundaria por parte de las organizaciones políticas que se reclamaban del marxismo. Sin embargo, el mismo Marx en *El manifiesto comunista* (con Engels) y especialmente en *El Capital* apunta conceptos muy útiles aplicables a la ciudad como la contradicción entre la ciudad como ámbito de *cooperación* entre las clases sociales y como lugar de *acumulación* y de *explotación* mediante la apropiación capitalista de la plusvalía. Así mismo, sienta las bases del *salario indirecto* (ciudadano) como base de la reproducción social y de la *desposesión* a partir del concepto de *alienación* a la vez psicológica y material.

El análisis expuesto hasta ahora pretende demostrar que la “ciudad” actual es un territorio específico y fundamental de la *lucha de clases*. El hecho de que la estructura social se haya diferenciado respecto a la sociedad industrial constituida a lo largo del siglo XIX y mitad del XX y que el conflicto social anticapitalista sea hoy, potencialmente, tan o más importante de la que se pueda dar en los lugares de trabajo, no significa que no sea lucha de clases. Recordemos la afirmación contundente y premonitara de Henry Lefebvre: «la revolución será urbana o no será».

## El derecho a la ciudad como propuesta alternativa

Las contradicciones generadas por los actuales procesos de urbanización por una parte han llegado a un punto álgido y visible con la actual crisis, en especial en el caso español. Los enormes costes ambientales y sociales eran ya perceptibles: el despilfarro de bienes básicos (suelo, agua, energía), los efectos sobre el calentamiento de la atmósfera, los costes sociales del transporte cotidiano, la segregación y atomización de las poblaciones, el sentimiento colectivo de malestar y de desposesión, etc. A ello se ha añadido la crisis inmobiliaria y de las hipotecas que ha dejado a sectores importantes de la población sin ahorros o sin vivienda, y casi siempre sin lo uno y lo otro. Mientras tanto, las periferias aumentan su desolación por la proliferación y diseminación de conjuntos inmobiliarios vacíos, no terminados, abandonados, muertos. Una ruina pública y privada. Como ya dijimos la pública la pagan los contribuyentes y la privada es propia de sectores populares y en parte medios.

Pero la ciudad conserva su atractivo, su prestigio y su promesa.<sup>8</sup> El atractivo de su oferta densa, variada y estimulante. El prestigio de su historia, de su identidad o valor de marca y de sus éxitos. La promesa de su vocación democrática y universalista, de la esperanza de progreso colectivo e individual, el estímulo de la aventura, del azar, de la sorpresa.<sup>9</sup> Esta imagen de la ciudad oscurece la percepción de la crisis del modelo urbanizador dominante pero al mismo tiempo expresa lo que la ciudad podría ser, la aspiración a una ciudad que responda a los deseos de justicia, libertad y esperanza. Pero esta aspiración a lo que “podría ser” la ciudad debe derivar en un proyecto político capaz de integrar demandas diversas de las clases sociales, expoliadas de sus derechos teóricos y que se plantee la reversión de los actuales procesos urbanizadores.

<sup>8</sup> El reciente y difundido libro de E. Glaeser, *El triunfo de las ciudades*, Taurus, Madrid, 2011 genera confusión. Aunque reconoce algunos costes sociales y especialmente ambientales, identificar el éxito con el discurso clasista de los sectores altos y en parte medios que viven con un pie en la ciudad gentrificada o en enclaves cualificados y el otro en el mundo global de internet y de movilidad multidimensional.

<sup>9</sup> En nuestro trabajo nos hemos referido a la ciudad como lugar del azar, de la sorpresa, de los intercambios no programados, de los descubrimientos no buscados. El lugar de la *serendipity* como expuso Ascher recuperando el término acuñado por Horacio Walpole en 1700: *La ville c'est les autres*. CCI-Centre Pompidou 2007.

El *derecho a la ciudad* tiene la cualidad de integrar los derechos que hemos citado anteriormente: a la vivienda, al espacio público, al acceso a la centralidad, a la movilidad, a la visibilidad en el tejido urbano, a la identidad del lugar, etc. Pero su ejercicio requiere incidir en el proceso de acumulación de capital. Por ejemplo, un banco hipotecario público potente, la publicación del suelo urbano y urbanizable, una legislación urbanística y fiscal que yugule la especulación y garantice la mixtura social, etc. Su eficacia dependerá de que se consigan todos a la vez, así como “nuevos derechos” de carácter socioeconómico y político como la educación pública y la formación continuada, la renta básica, los mismos derechos políticos y sociales para todos los residentes, etc. Se trata de generar un *salario ciudadano* complejo que reduzca radicalmente la plusvalía generada por la urbanización. Utilizamos el concepto de *derechos ciudadanos* y no “derechos humanos” para vincularlos a los derechos y deberes que configuran el estatuto de ciudadano. La exigencia de derechos es una cuestión clave cuando se vive un cambio de época. Si no se lucha y no se consiguen los nuevos derechos que exige la sociedad actual se produce una regresión democrática. Que es lo que está ocurriendo en la actualidad.

Un proyecto político transformador no se generará en las instituciones políticas aunque algunos sectores pueden ser sensibles a las renovadas demandas que surjan de la sociedad.

Tampoco se construirá en los laboratorios de investigación y en los seminarios académicos aunque estos puedan producir ideas que ayuden a definir objetivos y a legitimar las reivindicaciones. Existen movimientos políticos e intelectuales alternativos (globales), como los que combaten la globalización del mundo real en nombre de otro mundo posible. Y los movimientos sociales y culturales de resistencia (locales) que defienden identidades o intereses colectivos legítimos, inicialmente dispersos que pueden agregarse gradualmente en proyectos políticos. Es posible que entre las corrientes más progresistas pero muy minoritarias de la política institucional, los ámbitos de investigación y debate intelectual y los movimientos globales y locales se generen intercambios y transferencias que pueden sentar las bases de un proyecto que sea a la vez realista en su acción cotidiana y radical en sus objetivos.

## Elogio de la ciudad y el derecho a la belleza<sup>10</sup>

«La ciudad es la insurrección estética contra la cotidianidad», escribió Henri Lefebvre.

Para algunos que nos ocupamos en asuntos relacionados con la ciudad, lo que nos atrae especialmente de esta es que es el lugar de la libertad, de la conquista y de la aventura posi-

<sup>10</sup> En ocasión de una misión profesional en la región del ABC, en la periferia de São Paulo, una zona de dos millones de habitantes con mayoría proletaria, visité un sector de favelas extremadamente pobre, casi inhabitable a la orilla del río. Se me acercó una señora negra a la que acompañaba su nieta y me preguntó qué iba a pasar con ellos. Le dije que a corto plazo se haría una actuación para introducir mejoras indispensables y que luego, en el marco del proyecto, se construirán viviendas cerca, etc. Respuesta, «me lo creo, tengo confianza en el gobierno del municipio (del PT) pero por favor pongan mucha atención a que se haga bien, pues los pobres también tenemos derecho a la belleza».

ble, individual o colectiva, la multiplicación de los encuentros imprevistos, de los azares insospechados. La ciudad puede sorprendernos en cada esquina (Breton, en Nadja) y allí queremos vivir «per si hi ha una gesta» (Salvat Papasseit, poema *La casa que vull*). La ciudad es vivencia personal y acción colectiva a la vez. Sus plazas y calles y sus edificios emblemáticos son el lugar donde la historia se hace, el muro de Berlín, la plaza Wenceslas de Praga, el Zócalo mexicano, la plaza Tiananmen... Y, si miramos a un pasado más lejano, el palacio de Petrogrado y las escaleras del Potemkine o La Bastille y el salón del Jeu de Paume junto a la Concorde del París revolucionario. Precisamente en este salón se proclamaron *Les droits de l'homme*: «los hombres nacen y se desarrollan libres e iguales». El mito originario de la ciudad es la Torre de Babel, gentes distintas pero iguales, juntas construyendo su “ciudad” como desafío al poder de los dioses, como afirmación de independencia. En la ciudad, el héroe es el personaje de Chandler: duro y tierno: «si no fuera duro, señora, no estaría vivo, y si no pudiera ser tierno no merecería estarlo». Porque la libertad se conquista cada día, cada derecho debe de ser conquistado y defendido. El ciudadano no nace, se hace, se construye por medio del conflicto, no puede ser sumiso, vivir la ciudad exige una cierta dureza. Pero a la vez la ciudad es lugar de intercambio y de cooperación, de convivencia y de solidaridades, la ciudad es cálida y es el contrapeso a la democracia que es frígida, como dijo Dahrendorf.<sup>11</sup>

La ciudad, real e imaginaria, la ciudad compacta y heterogénea, se caracteriza por la mezcla de la población y de la velocidad de las conexiones que permite, es decir, que multiplica las interacciones entre actores muy diversos. La ciudad se desnaturaliza cuando un planeamiento tecnocrático impone un *zoning* separador, cuando la lógica del mercado produce la segregación social, cuando el espacio público se privatiza o especializa. Sennett, en una de sus primeras obras, ya alertaba contra los efectos perversos del urbanismo funcionalista y reclamaba una ciudad que fuera lugar de encuentros múltiples entre gentes diferentes. Y el director de urbanismo de la City de Londres exponía en un encuentro internacional que los *pubs* eran el lugar más idóneo para la innovación económica y cultural pues los encuentros informales eran muchas veces los más productivos.<sup>12</sup>

## La ciudad como metáfora de la democracia y la conflictividad asimétrica

Ciudadanos son los que conviven, libres e iguales, en un territorio dotado de identidad y que se autogobierna. A una pregunta televisiva, imprevista y en directo sobre cómo defini-

<sup>11</sup> Lucio Caracciolo (dir.), *La democrazia in Europa. Diálogo entre Ralf Dahrendorf, François Furet y Bronislaw Geremek*, Laterza, Roma-Bari, 1992.

<sup>12</sup> *The uses of disorder: Personal Identity and City Life*, Nueva York, 1970 (edición en castellano, Ediciones Península, 1975). La cita del director de urbanismo del Distrito de la City de Londres se refiere a una intervención en el Seminario de Grandes Ciudades, Centro Cultural San Martín, posteriormente publicado por el Gobierno de la ciudad de Buenos Aires (1997).

ría el “socialismo” Mitterrand respondió escuetamente: «es la justicia, es la ciudad». La ciudad es pues una metáfora de la democracia y del socialismo entendido como optimización de la democracia, en su doble dimensión individual y social, lírica y épica. La ciudad como el socialismo tiene por vocación maximizar la libertad individual en un marco de vida colectiva que minimice las desigualdades. La ciudad humaniza el ideal socialista abstracto, introduce el placer de los sentidos la racionalidad sistemática; los deseos íntimos de cada uno modulan los proyectos colectivos. Uno, quizá el mayor, reto que tiene la izquierda, es decir, el movimiento político que promueve (o debería hacerlo) es contribuir a un desarrollo democrático que construya una sociedad de personas libres e iguales, en un espacio de relaciones de intercambio y cooperación. Hemos aludido anteriormente el proceso de disolución de la ciudad en lo urbano, «reina lo urbano y se disuelve la ciudad» escribe François Choay.<sup>13</sup>

La ciudad como metáfora de la democracia y especialmente de la izquierda nos interesa pues permite enfatizar algo que es común o necesario a ambas: la dimensión sentimental y sensual, cordial y amorosa, individualizadora y cooperativa, plural y homogeneizadora, protectora y securizante, incierta y sorprendente, transgresora y misteriosa. Y también porque vivimos una época en que no es casual que ciudad e izquierda se nos pierdan a la vez; parece como si se disolvieran en el espacio público, en sentido físico y político. Si la ciudad es el ámbito generador de la innovación y del cambio, es en consecuencia el humus en el que la izquierda vive y se desarrolla, en tanto que fuerza con vocación de crear futuros posibles y de promover acciones presentes. La ciudad es a la vez pasado, presente y futuro de la izquierda. Y no tener un proyecto y una acción constante de construcción de la ciudad, que se nos hace y se nos deshace cada día, es un lento suicidio.

La contradicción propia a nuestras sociedades se ha trasladado en gran parte del ámbito de la empresa al del territorio. La contradicción capital-trabajo se manifiesta entre la acumulación capitalista y el salario indirecto, lo cual hace de las políticas públicas (por acción u omisión) el árbitro entre el beneficio (con frecuencia especulativo del capital) y las condiciones de vida o reproducción social de los ciudadanos. Sin embargo, esta contradicción aparece confusa por la multiformidad de los objetos o materias que la expresan, tan dispares como la vivienda y la seguridad, el trabajo precario y la inmigración, la protección del medio ambiente o el patrimonio y la movilidad. Una confusión que dificulta la construcción de proyectos simétricos oponibles.

A esta asimetría se añade la derivada de la diversidad de sujetos, con intereses a su vez contradictorios y que difícilmente son capaces de definir un escenario compartido en el que

<sup>13</sup> F. Choay: *Pour une Anthropologie de l'espace*, Seuil, París, 2006. El texto citado, «Règne de l'urbain, mort de la ville» incluido en este libro es premonitorio, fue escrito a inicios de los años noventa y publicado primero en el catálogo de la Exposición Ville, Art etArchitecture en Europe (1870-1993).

negociar el conflicto (solamente si el conflicto se agudiza y en casos puntuales). Denominamos esta conflictividad como asimétrica cuando los actores en confrontación no pueden definir objetivos negociables o no están en disposición de asumir responsabilidades. Un caso extremo de conflictividad es cuando se producen rebeliones “anómicas” (por ejemplo, las protestas de los *banlieusards* de París), que en realidad expresan una necesidad de reconocimiento.

Esta problemática afecta a la izquierda, que se encuentra con frecuencia entre y en las distintas partes en conflicto pero que difícilmente puede evitar esta situación puesto que lógicamente está en las instituciones y también representa a la ciudadanía implicada. Pero la cuestión que interesa en este caso no es la complejidad del conflicto sino la debilidad de las políticas de la izquierda institucional en estos casos. Una debilidad que se deriva más de la inconsistencia teórica y de la laxitud de los valores morales que del carácter de las personas o las opciones coyunturales de los partidos. Una debilidad de los principios y de los valores que conduce al oportunismo electoral y a la gestión rutinaria. Temas que pueden servir como test para evaluar si la izquierda institucional es portadora de un proyecto de futuro más democrático o si es simplemente una gestora del presente, con sus progresos adquiridos y sus contradicciones y retrocesos permanentes. Los temas expuestos son los siguientes: la precariedad del trabajo y la formación continuada, la vivienda y el suelo, las infraestructuras y la movilidad y comunicación, la seguridad, la escuela pública y la privada, los servicios públicos colectivos y la inmigración.<sup>14</sup> No son obviamente los únicos desafíos pero sí incluyen cuestiones clave, conflictivas, que se expresan en los actuales territorios metropolitanos, que confrontan intereses de clase opuestos y que interpelan a los distintos niveles de gobierno.

Una interpelación a la que la izquierda institucional no ha sabido responder, que la derecha ha utilizado para promover políticas regresivas y que, finalmente, unos y otros han coincidido en ejercer de servidores sumisos del capital. En realidad más que servidores en muchos casos son cómplices activos que forman parte de un bloque social conservador y privilegiado.

Un ejemplo es la incapacidad de promover reformas institucionales que reforzarían a las políticas públicas orientadas hacia los intereses populares: legislación electoral, mecanismos de participación ciudadana efectivos, simplificar el entramado de instituciones territoriales (minifundismo municipal, proliferación de entes intermedios), crear gobiernos metropolitanos, etc. En estos casos no son los intereses del capital los que impiden estas refor-

---

<sup>14</sup> Esta temática ha sido desarrollada por el autor en un artículo que en versiones algo diferentes ha sido publicado en diversas revistas y libros colectivos. Una de las versiones más completa titulada «La democracia perdida en busca de la ciudad futura» se encuentra en el libro de Habitat International Coalition, A. Sugranyes y Ch. Mathivet (eds.), *op. cit.*, 2010.

mas sino los de una “clase política” que encuentra en esta inflación y esta confusión institucionales la forma de desarrollarse parasitariamente y de asumir las mínimas responsabilidades. Nadie es responsable de nada. De esta forma se facilita la conflictividad asimétrica lo cual genera un importante grado de indefensión de los sectores populares. El discurso de la gobernabilidad es una excusa para no gobernar de verdad. Con lo cual llegamos a la última conclusión: el lenguaje.

---

La izquierda institucional se ha mostrado incapaz de promover reformas institucionales que refuercen políticas públicas orientadas hacia los intereses populares

---

## El lenguaje es acción

Solo existe aquello que se puede nombrar, lo que no tiene un nombre específico no existe. Desde San Agustín a Lacan muchos pensadores han enfatizado la importancia de aplicar un nombre claro a las cosas. En nuestra época y en nuestro caso en la terminología habitual usada sobre la temática urbana se ha producido la eclosión de un lenguaje confuso que, sea cual sea la intención de los que lo usan, sirve para vender gato por liebre. En una obra reciente dedicamos una parte bastante extensa al tema.<sup>15</sup> En este texto solamente queremos destacar el uso de las palabras como armas de la lucha de clases, pero también como medios para mistificar la realidad y naturalizar las políticas al servicio de minoría. Sin un lenguaje nuevo no haremos cambios reales. «Méfiez vous des mots» leí en Belleville, un barrio popular de París. Desconfiad de las palabras, utilicemos las palabras y los conceptos que descubran las contradicciones de la realidad.

El pensamiento único no es pensamiento, es propaganda ultraconservadora. Si fuera pensamiento no sería único. El pensamiento crítico ha vuelto a florecer precisamente en la última década aunque gran parte de la clase política y la académica no haya querido enterarse. Y es indispensable para la acción. Como escribió Marx en una carta a Engels «nunca los ignorantes han resuelto ningún problema importante». No practicar y desarrollar el pensamiento es hacerse cómplice de las injusticias del mundo actual. El pensamiento utópico está presente en los movimientos sociales y solo los que lo desconocen pueden considerarlo inútil, las utopías no existen para ser realizadas sino para indicar otros caminos, otros mundos posibles. También el pensamiento utópico es acción, es el horizonte que nos anima a andar como dijo el escritor uruguayo Eduardo Galeano.

---

<sup>15</sup> J. Borja, *Revolución urbana y derechos ciudadanos*, Alianza, Madrid, 2013.

Pero las ciencias sociales académicas y el discurso de los políticos institucionales han asumido el pensamiento único. O la negación de un pensamiento fuerte y crítico, como ha difundido la postmodernidad, expresión intelectual de las políticas neoliberales. Se aceptan conceptos tan absurdos como perversos como “la competitividad” de las ciudades, tan confusos como la “cohesión social”, tan engañosos como los “mercados”, tan dudosos como el “Estado de Derecho” o la Constitución, tan equívocos como “globalización”. O tan prostituidos como “democracia” cuando se aplica únicamente a los aspectos procedimentales que favorecen la formación de oligarquías que controlan la vida política directa e indirectamente. Conceptos utilizados por unos y por otros, que naturalizan lo que son mecanismos y comportamientos sociales. La naturalización de conceptos relativos, históricos y multidimensionales como “democracia representativa”, “economía de mercado”, “comportamientos racionales de los individuos”, “propiedad privada”, “crecimiento económico”, “orden”, “seguridad”, etc., se usan como entes ahistóricos, indiscutibles y positivos, cuando en realidad son conceptos polisémicos y contradictorios. Se los utiliza en clave conservadora para legitimar la realidad, los privilegios y las desigualdades, la insostenibilidad y la exclusión, el despilfarro y el carácter represivo del Estado. Hoy una de las principales tareas intelectuales es des-enmascarar el uso de estos conceptos y muchos más que cumplen funciones similares. Aunque a veces los que los criticamos no podemos o no sabemos evitar usarlos.

La Universidad tiene una parte importante de responsabilidad en estos procesos de “naturalización” de los conceptos que legitiman el sistema socioeconómico y político. En nombre de un cientificismo que caracteriza las ciencias experimentales duras analiza solamente alguna parcelas de la realidad. Ello es debido a la segmentación de las disciplinas que tratan de una única temática, la ciudad, el trabajo, la seguridad, la organización política, las condiciones de vida, etc. Y lo hace con métodos que solamente recogen aspectos muy parciales (modelos, estadísticas, encuestas, etc.). No negamos obviamente la utilidad de estos instrumentos siempre que se parta de un punto de vista teórico y de un afán crítico. A lo que podría añadirse una vocación de intervenir sobre la realidad y no mediante estudios que demuestran sofisticadamente lo sabido o cuyas bases de partida conducen de la nada a la nada. Binet, el inventor del cociente intelectual al ser preguntado, ya anciano, qué era la inteligencia contestó que era lo que medía su test. En los años cincuenta a setenta, en plena guerra fría, el pensamiento crítico era dominante en muchas universidades y centros de investigación social. Adorno afirmaba que el progreso de la ciencia dependía del grado de desobediencia a las normas establecidas. Wright Mills proclamó «la imaginación sociológica» contra la sociología conservadora de Parsons. El economista Paul Baran escribió un panfleto espléndido sobre *La responsabilidad del intelectual*. Los influyentes historiadores y economistas británicos, marxistas o neokeynesianos vinculaban la historia a los procesos sociales libertadores, hacían la crítica del capitalismo, unos y otros pretendían reformarlo radicalmente. En Francia se revalorizó al Paul Nizan de *Les chiens de garde*. Sartre devino el pensador legitimador de la “crítica radical” y tantos otros investigadores sociales



marxistas o no como Lefebvre y luego Bourdieu (y, más recientemente, Wacquant) han sido y son referentes de varias generaciones.

En la década de los ochenta, se inició la “contrarreforma” conservadora. Progresivamente se devaluaron las Humanidades, se fragmentaron las disciplinas académicas, se caricaturizaron los métodos y técnicas de las “ciencias duras”, se controlaron las tesis y los proyectos de investigación, se compró a las autoridades académicas, se crearon sistemas de censura como las revistas indexadas. La Universidad como fuente de progreso humano se redujo a mínimos. Afortunadamente, ha habido reacciones en sentido contrario y de la misma forma que en bastantes casos buenas (o bien intencionadas) políticas generan efectos perversos, la crisis ha revelado las contradicciones difícilmente superables en el marco socio-económico y político. Y cultural también. «Los problemas que hemos creado con nuestros conceptos no los resolveremos con los mismos conceptos», dijo Einstein. Ya en el siglo actual se han multiplicado los trabajos críticos sobre la Universidad, la decadencia de las humanidades, el falso científicismo convencional y la revalorización del pensamiento crítico, de base marxista o no.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> Entre otros podemos citar J. Llobet *Adéu a la Universitat*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2011; M. Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita las humanidades*, Katz, Madrid, 2010; G. Mayo y A. Brey (eds.), *La sociedad de la ignorancia*, Península, 2011, con contribuciones de Marina Subirats, Daniel Innenarity y otros; G. Eley y K. Nield [2007 el original y 2010 en castellano], *El futuro de la clase en la historia de Ideas recibidas*, AA.VV, editado por el MACBA, 2009 y en el terreno científico duro, A. Sokal, *Más allá de las imposturas intelectuales*, Paidós Ibérica, 2009.